

esclavos de sus viles pasiones, aquellos que rehusan positivamente arrepentirse de sus culpas, porque están bien hallados con las cadenas que arrastran? ¡Ah! ¡cuán dignos son de lástima esos hijos ingratos de la Iglesia que desoyen y desprecian la voz de su madre que los llama á penitencia, abriéndoles, en nombre de Dios, las puertas del perdón! Sepan, pues, los que tal hacen que de nada les servirá esa fe muerta y desnuda de buenas obras, de que neciamente se jactan. «¿De qué le aprovechará, hermanos míos», os diré con el apóstol Santiago, «á alguno, que diga que tiene fe, pero que carezca de obras? ¿Por ventura la fe *sola* podrá salvarle?»<sup>1</sup> Será excluído del festín de las bodas celestiales como las vírgenes fatuas, las cuales á pesar de tener fe en el Esposo, por faltarles el óleo de la caridad, fueron desconocidas por Cristo, quedando fuera del banquete, abrumadas con aquella voz de trueno: *Nescio vos*— «No os conozco.»<sup>2</sup>

II. Más aún, diré para concluir. Esa poca y estéril fe de que se glorían muchos pecadores, fincando en ella toda la esperanza de su salvación, les será también arrancada por justo castigo del Señor, de suerte que no crean más que los ciegos paganos, ni tengan más motivos de esperar que los que nunca creyeron. Así nos lo da á entender el mismo Salvador cuando amenaza á los judíos que no oyeron la palabra, con despojarlos del reino de Dios, esto es, de la fe y la religión: *Auferetur a vobis regnum Dei*<sup>3</sup>, «No digamos», dice un orador sagrado, «que esta amenaza es sólo para el pueblo hebreo; también es para nosotros. . . . Escarmentemos con el ejemplo de otros pueblos, antes creyentes y hoy envueltos en las tinieblas de la idolatría. . . . Temblemos, pues, no sea que por nuestra poca correspondencia á la gracia, se ausente la verdad de este suelo privilegiado. . . .»<sup>4</sup> No acontecerá tal desgracia, carísimos

<sup>1</sup> Iac. 2, 14.<sup>2</sup> Matth. 25, 12.<sup>3</sup> Ibid. 21, 43.<sup>4</sup> Martínez y Sáez, Sermones t. 1.

oyentes, si, aprovechándonos del presente Jubileo, tratamos seriamente de instruirnos en la religión que profesamos y de purificar nuestras almas con las aguas saludables de la penitencia. Es gracia que á todos os deseo.

## SEGUNDO SERMÓN.

### El reinado de las tres concupiscencias en el hombre.

Omne quod est in mundo, concupiscentia  
carnis est, et concupiscentia oculorum, et superbia  
vitæ.  
1 Io. 2, 16.

I. ¿De dónde nace, hermanos carísimos en nuestro Señor Jesucristo, esa corrupción del corazón que, según hemos visto, es la causa principal del amortiguamiento y aun de la extinción de la fe en los hombres y en las sociedades? No siendo esa corrupción otra cosa que el desorden de nuestros afectos, el envenenamiento del corazón, el falso amor del bien aparente con desprecio del Bien sumo y verdadero, ese estado morboso del alma proviene del imperio que sobre ella adquieren las pasiones dominantes que el Apóstol de la caridad ha designado con los nombres de concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida. Ellas forman todo lo que hay y se agita en el mundo; y el hombre, forzado á vivir en medio del torbellino de las cosas mundanales, difícilmente se sustrae á la seducción que sobre él ejercen los bienes sensibles que ora halagan sus sentidos, ora deslumbran sus ojos, ora levantan humaredas de orgullo en su corazón. ¡Pobre condición humana! Degradado en su naturaleza, no tiene ya el hombre la energía necesaria para reprimir sus instintos bestiales; y seducido por el falso brillo de las riquezas, embriagado por la dulzura del placer, arrebatado por el aura de la vanidad, viene á ser esclavo y víctima de esas terribles concupiscencias que

desorganizan y corrompen su corazón, haciendo fermentar en él la podredumbre de todos los vicios. ¿Qué debería hacer el hombre si tuviera siempre despierta y viva la conciencia de su natural dignidad? Evidentemente, debería regir y gobernar con el cetro de la razón esas inclinaciones naturales pero bastardas, debería reprimirlas vigorosamente cuando se desordenan extremando su violencia, debería, en fin, enderezarlas y hacerlas servir al bien racional y honesto para el cual fué destinado, como fin inmediato y subordinado al fin último de su creación. Esto debería hacer, y su corazón permanecería incorrupto, y su espíritu, iluminado con superiores destellos de la luz divina, gozaría de la vista de Dios en esta vida por medio de la fe, y en la otra por la visión clara y bienaventurada. Esto hacen los santos del cristianismo, por manera maravillosa, sobreponiéndose á las debilidades de la carne y del espíritu, elevándose á una condición de grandeza moral y sobrenatural que es el asombro y la admiración de todas las almas nobles y cristianas. Esto mismo se esfuerzan por hacer cuantos aspiran á llevar con honra el nombre y carácter de hijos de la Iglesia de Cristo, venciendo y reprimiendo con mano fuerte sus pasiones, reduciendo á servidumbre esta carne de pecado, como lo hacía el Apóstol que decía: «Castigo mi cuerpo y lo reduzco á esclavitud, no sea que, habiendo predicado á otros la salvación, venga yo á ser reprobado.»<sup>1</sup> He ahí lo que todos debemos practicar, carísimos hermanos; y para alentarnos á tan gloriosa empresa, conveniente será que concibamos el horror que se merecen esas tres concupiscencias malditas que hacen la ruina, el baldón de la pobre humanidad subyugada por ellas casi totalmente el día de hoy como en los tiempos del Profeta que decía: *Omnes declinaverunt, simul inutiles facti sunt*<sup>2</sup>. ¡Ojalá pudiéramos

<sup>1</sup> 1 Cor. 9, 27.<sup>2</sup> Ps. 13, 3.

pintarlas con los más vivos colores para ponerlas á la vergüenza pública! Ensayémoslo, ayudados por la divina gracia, que no falta á quien la implora.

## I.

2. «No permanecerá mi espíritu en el hombre», dijo Dios, «porque es carne.»<sup>1</sup> En efecto, hermanos carísimos, no podemos negar que esta carne miserable y corruptible de que estamos revestidos, no es una simple envoltura de nuestro espíritu sino un elemento esencial y sustancial de nuestro ser, es el hombre, según la fuerza del sagrado Texto. El virtuoso joven Tobías, antes de celebrar su matrimonio, orando en compañía de su casta esposa, decía al Señor, después de entonarle un himno de bendición con el cielo y la tierra, los mares y los ríos y todas las criaturas: «Tú hiciste al hombre del limo de la tierra y le diste á Eva por ayuda.»<sup>2</sup> Formado, pues, de tierra, dotado de sentidos para percibir los objetos exteriores, y recibir las impresiones de los cuerpos que le rodean, natural es que el hombre experimente movimientos que le inclinen á la tierra en busca de satisfacciones materiales. «El que es de la tierra», decía el Precursor de Cristo, «es terreno y habla de la tierra.»<sup>3</sup> El hombre apetece, pues, naturalmente los placeres del sentido; y, si no los prefiriera á los bienes superiores del espíritu, no quebrantaría el orden establecido por el soberano Criador del universo. Todo estaría entonces perfectamente armonizado, porque la armonía es la ley de las obras de Dios. Entonces la concupiscencia, moderada por la razón, no mancharía nunca con sus goces el corazón del hombre. Ni habría tampoco lucha intestina entre la carne y el espíritu. Pero no sucede así desde que el primer desorden, que fué el primer triunfo de la concupiscencia, cometido en el paraíso

<sup>1</sup> Gen. 6, 3.<sup>2</sup> Iob 8, 8.<sup>3</sup> Io 3, 31.

terrenal, manchó y trastornó nuestra naturaleza. Hoy existe dentro de nosotros mismos una lucha encarnizada que hace el tormento de las almas rectas, y que obligaba al Apóstol á lanzar este grito: «¡Infeliz de mí! ¿quién me libertará de este cuerpo mortal?»<sup>1</sup> y da la razón de lamentarse: «Porque siento otra ley en mis miembros que combate la ley de mi mente y me cautiva bajo la ley del pecado.»<sup>2</sup> Y el apóstol Santiago preguntaba á los nuevos cristianos: «¿De dónde nacen las guerras y lides que hay en vosotros? ¿por ventura no es de vuestras concupiscencias que pelean en vuestros miembros?»<sup>3</sup> Sí, «porque la carne apetece y desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, porque estos dos elementos se oponen mutuamente»<sup>4</sup>, como advertía el Apóstol á los fieles de Galacia exhortándoles á caminar en espíritu y no dejarse arrastrar de los deseos de la carne. He aquí, amados fieles, la situación en que nos hallamos colocados: situación de combate y de combate á viva fuerza, de combate á toda hora y de todos los momentos. ¡Situación penosa y erizada de peligros!

3. Y ¡pluguiera á Dios que así lo entendiéramos siquiera! ¡Entonces alguna vez seríamos sin duda vencidos; pero estaríamos siempre con las armas en la mano, y saldríamos muchas veces vencedores! Mas no lo entienden así la mayor parte de los hombres: están ciegos y no quieren ver lo que dentro de sí pasa. No sienten la lucha porque se han entregado en cuerpo y alma al enemigo: se han hecho enteramente carnales, como los hombres que provocaron el diluvio. «Toda carne había corrompido su camino.»<sup>5</sup> «Se han equiparado á los jumentos sin sentido y hecho semejantes á ellos», que decía el profeta David<sup>6</sup>. ¡Qué vergüenza! ó mejor diré: ¡qué desvergüenza! ¡qué

<sup>1</sup> Rom. 7, 24.<sup>2</sup> Ibid. 7, 23.<sup>3</sup> Iac. 4, 1.<sup>4</sup> Gal. 5, 17.<sup>5</sup> Gen. 6, 12.<sup>6</sup> Ps. 48, 13.

baldón para la condición humana! ¡qué injuria al Criador, que había querido hacer del hombre una criatura poco menor que los ángeles!<sup>1</sup> ¡Qué horror, después que el mismo Verbo de Dios se hizo carne para hacer al hombre hijo de Dios!<sup>2</sup> Rectificaré, pues, mis expresiones: nuestra actual situación no es de lucha sino de derrota. El mundo con la concupiscencia ha triunfado del género humano: pocas son las almas generosas que sostienen aún la bandera de la templanza y honestidad de costumbres. *Omne quod est in mundo, concupiscentia carnis est.* . . .<sup>3</sup> El imperio de la concupiscencia es general: parece que dilata sus conquistas á la par de lo que llaman moderna civilización. Y es natural que así suceda, ya que por tal civilización se entiende principalmente el progreso material, es decir, el aumento indefinido de placeres y goces sensuales y la abundancia y facilidad de medios para proporcionárselos. Y las doctrinas que se llaman filosóficas, las que dan el tono á la sociedad científica, civilizada, son las doctrinas del más crudo materialismo, exhumación del epicureísmo pagano, canonizadoras del goce material. ¿Qué tiene de extraño que con tales ideas corrientes y con tales prácticas universalmente aceptadas, la concupiscencia de la carne se haya desbordado como torrente de cieno que va manchando todas las edades y condiciones? Las circunstancias de la sociedad actual no pueden ser más favorables para el desarrollo de esa fatal inclinación del hombre á los placeres: la libertad dominante en todas las esferas, en la social y en la doméstica, el descuido de la educación de los niños, las libertades permitidas á éstos y á los jóvenes, las costumbres públicas con sus diarios espectáculos donde se exhiben las más repugnantes escenas, por confesión de testigos oculares, la licencia no cohibida por las leyes, la literatura y el arte pornográficos,

<sup>1</sup> Ps. 8, 6.<sup>2</sup> Io. 1, 14.<sup>3</sup> I Io. 2, 19.

los escándalos á la luz del día . . . ¿qué más combustible pudiera amontonarse para levantar un incendio de concupiscencia que todo lo devore con sus llamas infernales?

4. Veamos ahora, hermanos carísimos, de cuánta podredumbre de vicios y maldades es fuente impura y cenagosa la concupiscencia de la carne. Ya lo dice claramente el apóstol San Pablo instruyendo á los cristianos de su tiempo: por cierto la enumeración que hace es horripilante por el número y fealdad de las que llama *opera carnis*—obras de la carne: «Fornicación, inmundicia, impudor, lujuria, idolatría, hechicerías, enemistades, riñas, envidias, iras, disensiones, homicidios, embriagueces, comilonas y otras cosas semejantes, las cuales, como os tengo dicho y vuelvo á deciros, los que las cometen no alcanzarán el reino de Dios.»<sup>1</sup> ¿Lo veis? Todos esos feos vicios conocidos con el nombre colectivo de *inmoralidad*, esos pecados nefandos que el decoro de la cátedra sagrada nos prohíbe nombrar, esos desórdenes monstruosos que escandalizan al público menos escrupuloso, no son sino productos ó frutos venenosos de la vil concupiscencia de la carne. ¡Y hay cristianos que no miran esta pasión con todo el horror que debiera inspirar á un ser racional! *Nihil vilius quam vinci a carne*—«No hay cosa más vil y degradante», decía San Jerónimo, «que ser vencido de la carne.»<sup>2</sup> «Diga enhorabuena el deshonesto», dice San Alfonso de Ligorio, «que este vicio merece disimulo. Yo pregunto: ¿es disimulable que un hombre dotado de alma racional, enriquecida por Dios con tantas gracias, se haga semejante á las bestias? ¿No se hace por él indigno de la redención y de la misericordia de Dios? ¿Será cosa de poco momento», añade el santo Doctor, «olvidarse el hombre de Dios y desterrarle de su alma por dar al cuerpo un goce de que se avergüenza luego el mismo pecador?

<sup>1</sup> Gal. 5, 19 et seqq.      <sup>2</sup> Apud *Ligorio*, Sermones.

Y Santo Tomás advierte que es principalmente por la lujuria por lo que el hombre se aparta de Dios.»<sup>1</sup> Seríamos interminables si quisiéramos haceros ver toda la malicia del vicio abominable de la impureza. Pero no es ése precisamente nuestro intento en la presente conferencia: no pretendemos más que esbozar el cuadro espantoso del reinado de las tres concupiscencias en el mundo para detestar á éste y combatir aquéllas con todo el ardor que nos inspira la dignidad del hombre y del cristiano por ellas ultrajada.

5. Sí, debemos añadir á los pecados emanados de la concupiscencia de la carne otros mil desórdenes que se dan la mano con la inmoralidad, como son el derroche de la fortuna, el juego, la ociosidad y la vagancia, y luego la desobediencia en los hijos, el abandono de sus deberes en los padres de familia, el olvido de Dios y de la salvación, el hastío de las prácticas religiosas, el vivir habitualmente alejados de los sacramentos ó recibirlos indigna y sacrílegamente por las continuas reincidencias en el pecado que es tan difícil detestar de veras, y finalmente la desesperación que conduce á no pocos al suicidio, y la impenitencia final que trae consigo una muerte desastrada y pésima en el acatamiento del Señor. Y á quien no hiciera bastante impresión este cúmulo de males de carácter moral, le señalaríamos otra multitud de daños y miserias en el orden temporal, como la pérdida de la salud y aun de la vida, y tantas otras pérdidas no menos deplorables, de la paz del alma, de la tranquilidad del hogar, de los bienes temporales, de la vergüenza y del honor. «¡Ah!» dice un orador sagrado, «¡cuántos infelices han bajado prematuramente al sepulcro, llevando á su lóbrega mansión la librea del crimen y los caracteres infames de su ídolo! ¡En cuántos se cumple la sentencia terrible del Espíritu Santo, que conmina con la podre á los mismos huesos de

<sup>1</sup> *Ibid.*, Sermones abreviados, Serm. 45.